



**a disputa del reino:
de dónde viene
y a dónde va**

Rafael Loyola Díaz (Coordinador).

Valga aquí el *flash back* que nos permita entrar desde el principio a la historia más inmediata en torno a la disputa del reino, a las apuestas de la lucha política, por un lado, y a la interpretación teórica de la cotidianidad de los grupos políticos, por el otro. Así, echando la mirada atrás, nos encontramos que en los años sesenta/setenta (o en los sesenta que terminaron ya bien entrados los setenta), los paradigmas dominantes que articularon la práctica y la teoría política vislumbraban la toma del poder como un acto integral, del todo, del acceso al gobierno central desde el cual se derramaría un nuevo ejercicio político hasta las instancias municipales. Las experiencias, recientes por aquellos tiempos, de la revolución cubana, de los movimientos de liberación en África y del gobierno de la Unidad Popular en Chile se ponderaban como las dos posibilidades que entonces se discutían: la vía legal o la vía armada, pero siempre pensando en la totalidad, en lo nacional.

En nuestro país, ello obedecía a condiciones muy claras de falta de garantías políticas, de la represión como respuesta al disenso, del control centralizado del sistema de partido único, de la ilegalidad de la izquierda, del abstencionismo como crítica de la sociedad frente al control electoral, del fraude en las urnas como cima de la cultu-

ARTURO E.
GARCÍA NIÑO

Rafael Loyola
Díaz
(Coordinador).
*La disputa del
reino. Las
elecciones para
gobernador en
México, 1992.*
Ed. FLACSO, Juan
Pablos Editor,
UNAM.
México, 1997

ra política priísta vuelta patrimonio encarnado del sistema... la inexistente democracia, pues.

La emergencia de nuevos actores sociales en Europa en la segunda mitad de los setenta, la revisión de la estrategia de lucha por parte de los partidos de izquierda que dio lugar al eurocomunismo (sobre todo en Francia, Italia, España y, en menor medida, Grecia y Portugal) y las experiencias de la socialdemocracia en los países nórdicos y Alemania, así como la irrupción de la heterodoxia en el marxismo, la recuperación de las tesis gramscianas y algunas de sus categorías y conceptos para el análisis como hegemonía, consenso, sociedad civil, guerra de maniobras y de posiciones... todo ello, llevó a poner en tela de juicio las estrategias en pos de la totalidad y a privilegiar las luchas y las historias con minúsculas: pasamos de lo nacional a lo regional como centro de la acción y del debate. Se descubrió al municipio como el espacio político inmediato y susceptible de transformar, como instancia de participación y de gobierno, como el inicio y sustento de las federaciones y no como el arrinconado elemento que sólo recibía lo que desde el centro se decidía. Tal cosa se manifestaba en un continente donde la democracia era más que una simple palabra en los textos legales. Sin embargo, en México, país de la democracia realmente inexistente, algunos de esos aires empezaron a discutirse en las organizaciones políticas y en la academia. La caída de las dictaduras militares en Sudamérica y la generación de movimientos y transformaciones democráticas en esa área fueron otras experiencias a las cuales volteamos la vista.

Las reformas que se fueron dando a partir del final de los setenta metieron en la contienda políti-

ca abierta a la oposición, que empezó a ver crecer su presencia en la Cámara de diputados vía las diputaciones plurinominales. Se inició lo que pudiéramos llamar la rebelión de los tradicionalmente excluidos: las instancias provincianas llamadas ayuntamientos y estados de la federación, o municipios y regiones, si gustan. La disputa por el reino se movió de lo macro a lo más específico. Claro está que esto no fue resultado de una espontánea explosión, sino una fase reciente de un proceso que bien pudiéramos remontar al sesenta y ocho como parteaguas psicológico y ético, que luego ha tenido movimientos cimeros o crestas de la ola democrática, demostrando las posibilidades que la sociedad tiene y se autodescubrió; citemos algunos: La organización espontánea, cotidiana y autogestionaria durante los sismos de 1985; el movimiento del CEU en 1986; la síntesis del descontento vuelto proyecto político en el crisol que fue la campaña cardenista en 1988; el despertar de las conciencias luego que el primero de enero de 1994 la irrupción del zapatismo trajo desde el sureste mexicano una bandera de dignidad milenaria; las pruebas de que sí se podía a partir de 1994; y, sobre todo lo anterior, 1992 como la prueba de que sí se puede desde abajo.

Andamos hoy ya sabedores de que los movimientos sociales y políticos, regionales y locales, le vienen cambiando el rostro a la nación, que las organizaciones civiles son elementos decisivos e incidentes en la definición de los proyectos partidarios, que ahora es ineludible que los partidos salgan al encuentro de las demandas de lo inmediato regional y local, desde lo cual articular propuestas de transformación nacional, que han pasado algunos



años y muchas cosas desde el momento en que se intentaba tomar el cielo por asalto al intentar llegar a él uniendo una escalera grande y otra chiquita. En esta lógica se insertan análisis como los contenidos en *La disputa del reino*, en la de indagar cómo se conforman los imaginarios colectivos para manifestarse individualmente en las urnas y articularse orgánicamente en movimientos de nuevo cuño, que han modificado el mosaico político y los colores del país.

Guía de forasteros, mapa nocturno que en su recorrido va prendiendo las luces de los detalles, de los resortes que impulsan el surgimiento de las luces, el texto coordinado por Rafael Loyola Díaz se planta de frente a once procesos electorales durante 1992, para dar cuenta de la especificidad de la tensión que tales procesos muestran: aparecen los conflictos y las negociaciones entre el centro y la periferia, los débiles brotes de inconformidad priísta inician camino, las oposiciones se encaraman para ser cogobernantes. Lo chistoso, como acostumbra nombrar un buen amigo a cualquier cosa que le resulta difícil de aprehender o interpretar y que lo sorprende, es que en plena cima del control salinista y de consenso máximo del hoy triste y vituperado personaje, el gobierno del PRI inicia la pérdida de gran parte de sus territorios en la permanente disputa por el reino: el control del centro le es inversamente proporcional a lo que acontece tierra afuera. El contraste entre una y otras experiencias bajo categorías de análisis globales que se especifican por estado, cultura política regional, procesos microhistóricos, cotidianidades e, incluso, anecdóticos, permite ver que, en la mayor parte de los casos, las posibilidades de alternancia en el

ejercicio gubernamental son ya un hecho nacional que tiene su asiento en lo regional.

Las certezas son varias, sólidas y, en ocasiones, decisivas, pero quizás el mejor aporte de *La disputa del reino* esté en lo sugerente, en lo que atisba y deja como tarea, como asignatura pendiente. En lo primero, luego de contrastar intuiciones con lo real y de ubicar el dato empírico en un corpus teórico, las explicaciones de lo que acontece se revelan claras. En las sugerencias, por ejemplo, aparece la de indagar en torno a los electores emergentes en los nuevos procesos, fundamentalmente los jóvenes y la todavía seria franja de abstencionistas que ya han empezado a votar. Por ahí, y ésta es sólo una de las inquietudes y vetas que nos descubre la lectura, encontramos indicadores que se vuelven importantes. Otro aporte es que ahora podemos, en el estado de Veracruz, cotejar la experiencia del noventa y dos con las elecciones para gobernador del noventa y ocho, para darnos cuenta que, en el PRI, las decisiones cupulares y centralizadoras permanecen a la hora de elegir candidatos (tal y como hace seis años) y que el priísmo veracruzano continúa arrojando al ungido desde arriba. Pero ahora también en el PRD se dan situaciones donde decisiones centrales que, es cierto, echan por delante los principios, les ponen candados a las voluntades de los perredistas veracruzanos. Sin embargo, más allá de tales máculas de origen, esperan las urnas, donde, para fortuna del país y de los ciudadanos, se dirimen ahora los proyectos políticos y aterrizan la disputa del reino. ☺